

## Horizontes de la Cultura por Diego Mirán



# TRISTAN TZARA Y DADA

12/1/64

En 1957 hubo en Francia una exposición retrospectiva del dadaísmo. Tzará la presidía. Quedaba de aquel brote valiente, eruptivo y genial de 1916, de aquella matriz de nuevas libertades para el arte, un melancólico museo de objetos, pinturas, poemas y fotografías que todos habíamos, de una manera u otra, visto como la aurora de un nuevo día en los textos que nos abrieran las puertas del arte de entreguerra. En Dadá se dio una verdadera revolución, pero esa revolución no fue toda Dadá. El movimiento encabezado por Tristan Tzará constituyó la insurrección, la etapa en que los valores establecidos fueron arrancados de cuajo de sus plintos, desarraigados como viejos árboles secos de la tierra fatigada en la que se mantenían en pie. Sería el dadaísmo sólo el manantial de lo que más tarde habría de ser el gran río del cubismo y del surrealismo. Como pequeña fuente de un nuevo modo de crear, la muestra aludida, era, más bien, un apacible testimonio. Muchos hubiéramos querido que en las salas resplandeciera la juventud de Tzará y los que lo acompañaron en la aventura inicial, pero el mismo inventor peinaba ya unas respetables canas y en torno a su nombre resonaba una suerte de mito.

Ahora ha muerto, pero Dadá queda como un hito en la total transformación del hombre y sus obras que viene ocurriendo desde bastante más de medio siglo, una marca en el difícil camino de la búsqueda de un lenguaje justo y pleno de significación para la aventura de esta criatura humana, todopoderosa y, sin embargo, feble, que sabe que ha de morir y que vence a la muerte. La vence como la ha vencido Tristan Tzará, el primero que volvió de revés las palabras, las imágenes, los rangos. El primero que cantó una canción impúdica y audaz contra la ceremonia del arte institucionalizado:

la canción de un dadaísta  
que no era alegre ni triste  
y que amaba una ciclista  
que no era alegre ni triste

Dadá, su invención, fue el arte y el no-arte, la magia y la nueva razón, el candor y la malicia, la delicadeza y la grosería, y como el mundo crucial en el vórtice de cuya crisis nació, fue también triste y alegre, o ni alegre ni triste, como decían los versos de su poética. De ahí que, de esa consustanciación con un tiempo y un trance cultural, Tzará y su movimiento resultaran de una autenticidad irreprochable. Eilo es, también, lo que hace del poeta y su poética una suerte de flor que aún marchita posee el aroma de la vida, y nos encanta.

El cable anunció escuetamente la muerte de Tzará, el gran montparnassiano, el inquieto perseguidor de un nuevo idioma, el esteta que supo desbrozar de hojarasca la ruta por la que sobrevendrían los grandes de este siglo. El trovador, en fin, que entonó:

la canción de un ciclista  
que era dadá de corazón  
que era pues dadaísta  
como todos los dadás de corazón

una serpiente llevaba guantes  
él cierra rápido la válvula  
se pone los guantes de piel de serpiente  
y corre a abrazar al papá

es impresionante  
vientre en flor  
no tenía ya dadá en el corazón  
bebed leche de pájaros  
lavad vuestros chocolates  
dadá  
dadá  
comed ternera.

Esto cantaba Tzará en 1919. Ahora, 44 años después, su canción nos dice cuánto aire de salud y libertad trajo a la poesía y al arte su espíritu insurreccional y fantasmagórico.